

HOY: 14 de DICIEMBRE del 2006

**DICIEMBRE** **NO.28**  
**2006**



**DISPARO**  
**EN RED**

DISPARO EN RED: Boletín electrónico de ciencia-ficción y fantasía.

De frecuencia mensual y totalmente gratis.

Para descargar disparos anteriores:

<http://www.esquina13.co.nr>

**El sitio web del Fantástico Cubano**



<http://www.cubaliteraria.cu/guaican/index.html>

Editores:



Darthmota.

Jartower.

Colaboradores:

Taller de Creación ESPIRAL de ciencia ficción y fantasía.

[espiral@centro-onelio.cult.cu](mailto:espiral@centro-onelio.cult.cu) , [espiralgrupo@yahoo.es](mailto:espiralgrupo@yahoo.es)

Proyecto de Arte Fantástico Onírica. [oniriacuba@yahoo.es](mailto:oniriacuba@yahoo.es)

Anabel Enríquez Piñeiro

István Bent

Yoss

Juan Pablo Noroña

Miguel Bonera Miranda

Raúl Aguiar

Jorge Enrique Lage

Coghan

Víctor Hugo Pérez Gallo

**Portada:** -

**Universo:** -

**Autor:** Juan Giménez.

## 0. CONTENIDOS:

1. La frase de hoy: Frederic Brown.
2. Artículo: J.K. Rowlings carga junto a los Rohirrim en los campos de Pelennor, Juan Pablo Noroña.
3. Cuento clásico: Viaje Septimo, Stalislaw Lem
4. Cuento made in Cuba: Alcohol, Gabriel Gil.
5. Cuento clásico corto: El Asesino, Stephen King.
6. Humor: Máscara vs. Careta, Rodrigo Fresán.
7. Las cosas que vendrán (...y que pasan). Jartower.
8. El cartero siempre llama dos veces. DARTHmota.
9. ¿Cómo contactarnos?

1. LA FRASE DE HOY:

El último hombre sobre la Tierra estaba solo en una habitación. Sonó una llamada a la  
puerta...

Frederic Brown.

[Al Índice](#)

ARTICULO: J.K. ROWLINGS CARGA JUNTO A LOS ROHIRRIM EN LOS  
CAMPOS DE PELENNOR.

Por Juan Pablo Noroña.

La Literatura sufre un terrible doble asedio en estos tiempos postmodernos, similar, si se quiere, al que Sauron y aliados tendieron sobre Gondor. Sí, un asedio; un largo y feroz sitio que comenzaron en los años sesenta los teóricos deconstruccionistas, multiculturalistas y semióticos, adeptos del culto a la muerte de la literatura que denuncian los pensadores Harold Bloom y George Steiner. Atacan también a la literatura el poder constituido de la sociedad moderna y sus mecanismos capitalistas de funcionamiento, que desconfían, según dice el escritor argentino Ricardo Piglia, de una práctica tan privada, tan improductiva desde el punto de vista social, tan difícil de valorar desde el punto de vista económico; y que además, en virtud de sus intereses creados, desplazan al intelectual de una posición privilegiada como vocero y polemista social.

La guerra contra la literatura que lleva a cabo el primer enemigo está descrita en el libro “La muerte de la literatura”, del profesor y académico Alvin Kenan. Básicamente, los ataques son los siguientes: desvalorizar el papel del autor como creador original y como ente señalado dentro de la sociedad y la cultura; negar la necesidad del propio concepto de literatura, ya que sólo existirían textos culturales, no obras; declarar como indeterminado e ineficaz al lenguaje, principal herramienta de la literatura; decir que la interpretación es por completo un asunto personal del lector; denunciar a la literatura constituida como autoritaria, represiva, elitista, machista y racista; y abandonar los grandes libros como guía de acción o pensamiento, ya que todo valor presente en ellos es una opinión relativa, y nada

en esos libros es absoluto, eterno o innegable.

Y el porqué del segundo asedio lo destaca el polígrafo español Eliseo Bayo, al decir que “quien mata a la literatura es quien la somete y la priva de su independencia innata, de su libertad extrema, de su tendencia al riesgo indagando siempre en pos de la verdad escondida y del enigma humano”.

Lo peor es la connivencia y la debilidad de buena parte de las instituciones vinculadas a la literatura, como los propios autores, la industria editorial y los círculos docentes. Los primeros aceptan como cosa buena los dogmas del enemigo sitiador, en una especie de suicidio asistido, adoptando actitudes de agotamiento cultural y desprecio por los valores propios con el fin de complacer a los artesanos de la opinión, los críticos y teóricos, esos parásitos; la segunda, llevando el mercantilismo y la falta de principios a niveles suicidas, pues envuelven al papel impreso en un manto de desprestigio; y los terceros, plegando los planes de estudio a la nueva moda de pensamiento.

¿En que situación queda, dentro de este gran escenario de sitio, el género fantástico, una sección menor de la literatura, tanto en volumen como en prestigio? Por seguir con la metáfora del asedio de Gondor, el fantástico es como los Rohirrim en la carga de Pelennor: un aliado menor, subordinado, olvidado casi, y que se llama a regañadientes al rescate de su superior asediado por fuerzas malignas y aquejado de engreimiento, desesperanza, ilegitimidad, locura y coqueteo con el enemigo. Decir que el fantástico es la salvación de la literatura general resulta casi una profecía, pues sólo el tiempo podrá probarlo; pero se pueden aventurar las armas con las cuales este eorlinga dará una buena pelea a los sitiadores.

La primera ganancia, la obvia, la de los números, es la cantidad de copias de libros de género fantástico que se venden; es elemental que los millones de volúmenes

distribuidos de una forma u otra no fueron obtenidos para otra cosa que para ser leídos de cabo a rabo. Ese es el primer efecto: se lee; se leen novelas y cuentos impresos en un mundo cada vez más cinematográfico, televisivo, web y gráfico. ¿Y quiénes leen más fantástico? Niños y adolescentes, tanto de edad como de espíritu, las personas en las cuales el retorno al libro impreso es más necesario, para que le cojan el gusto y se alejen del influjo mediático aunque sea por unas horas. Por intermedio del fantástico, el relato en papel gana un lugar en la vida de los habitantes del futuro, ocupada casi en exclusiva por chips, discos y celuloide. Para ese consumidor, el salto a los libros de la gran literatura es ahora una posibilidad mucho mayor, después de haber hecho el gran salto hacia los libros en general, gracias a la varita de Harry Potter, que para el caso se ha convertido en pértiga. Además, a la larga esto debilita a quienes verían con buenos ojos que la literatura perdiera peso en la sociedad, en la formación de las personas y de la opinión.

Dice el mismo Harold Bloom, y muchos coinciden con él, que la lectura por niños y adolescentes de libros fantásticos como los de Tolkien, J.K. Rowling y Stephen King no lleva a otros libros, pues los primeros exigen muy poco esfuerzo al lector y lo acostumbran a lecturas fáciles, más de lo mismo; y propone en su lugar libros como “Alicia en el país de las maravillas” y “El viento en los sauces”. Bueno, es cierto que no necesariamente tiene que ocurrir el deseado salto; pero tampoco hay algo que lo impida, no hay ninguna contradicción insalvable entre un libro agradable y uno exigente. A falta de sistemas educativos que compulsen los estudios literarios y la poca representatividad social de las familias donde se estimule la lectura de clásicos, la disyuntiva es clara a la hora de los jóvenes actuales seleccionar sus íconos culturales: Britney Spears o J.R.R. Tolkien. /En el caso nacional, reggaeton o Tolkien/ Y si, pongamos un ejemplo, de los treinta y cinco millones de compradores de “Harry Potter y la piedra del hechicero” un uno por ciento

termina leyendo a Kafka, son trescientos cincuenta mil nuevos lectores de Kafka a favor de Rowlings, contra cero reclutamiento por parte de Harold Bloom.

La segunda arma del fantástico es su conservación de los orígenes de la literatura como arte de contar historias, storytelling o narración oral, a través de la narratividad pura y la estética de la invención. Los relatos fantásticos utilizan modelos y recursos antiquísimos, y si acaso algunos un poco modernos, como en el caso de J.K. Rowlings con el policiaco deductivo y la novela “de internado”, cuyos padres fueron Poe en “Los crímenes de la calle Morgue”, de 1840, y “Los días escolares de Tom Brown”, de Tomas Hughes, 1857. Los más antiguos pertenecen a la mitología y a la épica occidental, tanto clásica como germánica y medieval. Las mismas novelas de Potter, el ejemplo más vivo, toman el protagonista de destino trágico, príncipe crecido en exilio y salvador profetizado, que debe pasar un período formativo y pruebas de héroe, de las cuales las más recurrentes son la superación de la apariencia, la entrada en el vientre de la ballena y la confrontación con el antagonista. Las figuras secundarias de los amigos a toda prueba, los mentores preocupados y los enemigos cercanos, también se pueden rastrear. Y, no menos importante como recurso, la capacidad de atraer al lector con el sentido de la maravilla.

Lo arriba mencionado pertenece al origen, a la primera materia de la literatura occidental, a la época cuando ésta no sólo formaba en buena medida la conciencia social, sino que también poseía un prestigio tal que “el mejor lugar junto al fuego pertenecía al narrador de cuentos” y el juglar era el único creador admitido en el salón de los reyes. Cual fuera el mecanismo que le permitió ganarse ese papel, tan amplio como profundo, puede muy bien residir en las formas arcaicas de la literatura, que permanecen en el fantástico, frescas y vitales en su hondura antropológica por la forma en que llaman a lo humano eterno, que sí existe. Es cierto que ese primitivismo del género fantástico no lo ayuda a



librarse de cierta falta de sofisticación artística y de rigor consigo mismo; pero al menos funciona como un soplo de aire fresco, o si se quiere una especie de gran RESET o formateo de la cultura. Si me preguntan a mí, este recurso al primitivo valor social de la literatura y a su efectividad probada, es el mejor antídoto contra la crítica milenarista que la asedia y contra el escritor apóstata que juega al cansancio y el metatexto. El público lector del género fantástico aborrece esas poses, como incluso se ha demostrado recientemente en el ámbito nacional; y si resulta que la próxima generación de lectores empieza por el fantástico y se acostumbra a su honestidad, los quintacolumnistas tienen los días contados. Ya la publicación del libro “Imposturas intelectuales” de Alan Sokal definió a los epígonos del deconstruccionismo y tendencias similares como falsarios embelecadores, pero eso no ha sido suficiente; el golpe de gracia bien pueden estarlo dando ahora y con efecto demorado los libros fantásticos, apartando a los lectores de lo indeseable.

Dos acusaciones se hacen contra los libros y autores del género fantástico que llevan el mayor peso de esta nueva carga de Pelennor gracias a que son los más vendidos hoy en día, los más vivos como iconos culturales. La primera es la ya vieja, nauseabunda y festinada imputación de escapismo; ni siquiera merece la pena referirse a eso. La segunda sale de la preocupación en personas de gusto digamos alto por la masividad comercial per se como fenómeno social. Hay quien ve en esto el germen del corrimiento de la frontera entre literatura y Literatura, o mejor dicho, el desplazamiento de la facultad del criterio de los mejor leídos a los simplemente leídos o poco leídos. O sea, que la valoración de la calidad artística y literaria se vuelva un proceso de democracia mecánica, representativa, norteamericana por así decir, en el sentido de que hay mucha falsía, mal criterio y dinero de por medio. En fin, que sea el grupo social que más dinero dé a las editoriales quien diga qué es bueno y qué no, y esto no como una operación ética o socializadora, sino todo lo

contrario, como una forma de falacia ad populum o ad numerum destinada a valorizar unos libros con un prestigio que no merecen para a) exprimir económicamente al público; b) acostumbrarlo a consumir obras sin rigor, para así hacerlo pensar sin rigor y manipularlo. Es lo que se conoce como “dumbing down” o estupidización de la cultura. La dicha preocupación es, por supuesto, en términos de responsabilidad social y conciencia política, no de elitismo o territorialidad sobre la literatura o la cultura. En mi opinión, se trata de un exceso de celo que subestima la resiliencia de la alta cultura, la cual ha sobrevivido cataclismos mucho más graves que la competencia de la que no llega a serlo a pesar de ser de alto consumo; competencia que no es una novedad. Shakespeare, por ejemplo, no estaba solo en el teatro isabelino, había decenas de dramaturgos de pacotilla, y en época de Mariano José de Larra, cada periódico español, de unos cuantos que había, tenía más de un cronista. Sin embargo, los dramaturgos de pacotilla ponían al público en los teatros y fuera de las peleas de toros contra perros, y los cronistas anónimos mantenían a flote a los periódicos en los cuales de Larra colocaba una joya vez en cuando. Y que yo sepa, ninguna de ambas competencias le hizo mal al correspondiente genio; todo lo contrario.

En conclusión, el efecto del consumo de literatura fantástica no puede ser sino beneficioso para la literatura general, porque fomenta el gusto por la lectura en niños y jóvenes, y fomenta un gusto que en el futuro dejará sin efecto tendencias que afectan negativamente a la literatura general. O sea, la literatura fantástica toma lectores frescos y los mantiene frescos y lectores, no los convierte en lectores cansados, como sí hacen la crítica milenarista y los escritores plegados a ella; ni mucho menos los convierte en lectores deformados, como algunos temen.

Por demás, no está en los contemporáneos juzgar a ultranza, y es mejor dar el beneficio de la duda. Si no, se puede hacer el papel de Cervantes denostando a Lope de Vega por llenar los patios y tabernas con sus dramas tremendistas. O peor aún, el ridículo de Harold Bloom al profetizar en la primera de sus *ad Poterris*, el siete de noviembre de dos

mil, que “el epifenómeno Harry Potter seguirá, sin duda por un tiempo, como hizo Tolkien, y después se desvanecerá”; justo mientras se filmaba la trilogía fílmica de “El señor de los anillos”, que relanzaría el relato para aún otra generación. Pues, “los muertos que vos matasteis gozan de buena salud”, y cargan en la caballería Rohirrim, pluma y/o teclado en ristre, para romper el cerco de las fuerzas de la oscuridad.

**Juan Pablo Noroña Lamas (1973)**: Graduado de Letras en la Universidad de la Habana ha sido incluido en la antología Reino Eterno, Letras cubanas 1999.  
La mayor parte de su obra se encuentra inédita.

AL INDICE

### 3. CUENTO CLASICO: VIAJE SEPTIMO

Por Stalislaw Lem

Cuando el lunes, día dos de abril, estaba cruzando el espacio en las cercanías de Betelgeuse, un meteorito, no mayor que un grano de habichuela, perforó el blindaje e hizo añicos el regulador de la dirección y una parte de los timones, lo que privó al cohete de la capacidad de maniobra. Me puse la escafandra, salí fuera e intenté reparar el dispositivo; pero pronto me convencí de que para atornillar el timón de reserva, que, previsor, llevaba conmigo, necesitaba la ayuda de otro hombre. Los constructores proyectaron el cohete con tan poco tino, que alguien tenía que sostener con una llave la cabeza del tornillo, mientras otro apretaba la tuerca. Al principio no me lo tomé demasiado en serio y perdí varias horas en vanos intentos de aguantar la llave con los pies y, la otra en mano, apretar el tornillo del otro lado. Perdí la hora de la comida, pero mis esfuerzos no dieron resultado. Cuando ya, casi casi, estaba logrando mi propósito, la llave se me escapó de debajo del pie y voló en el espacio cósmico. Así pues, no solamente no arreglé nada, sino que, perdí encima una herramienta valiosa que se alejaba ante mi vista y disminuía sobre el fondo de estrellas. Un tiempo después, la llave volvió, siguiendo una elipse alargada, pero, aun convertida en un satélite de mi cohete, no se le acercaba lo bastante para que pudiera recuperarla. Volví, pues, al Interior de mi cohete y me dispuse a tomar una cena frugal, reflexionando sobre los medios de resolver esa situación absurda. Mientras tanto, la nave volaba a velocidad creciente que no podía regular por culpa de aquel maldito meteorito. Menos mal que en la línea de mi travesía no se encontraba ningún cuerpo celeste; de todos modos había que poner fin a ese viaje a ciegas. Dominé durante un buen rato mi nerviosismo, pero cuando, al empezar a lavar los platos, constaté que la

pila atómica, sobrecalentada por el gran trabajo que debía realizar, me había estropeado el mejor trozo de filete de ternera que guardé en la nevera para el domingo, perdí los estribos y, profiriendo las más terribles palabrotas, estrellé contra el suelo una parte del servicio de mesa. Reconozco que mi acto no fue muy sensato, pero me alivió mucho. Por si fuera poco, la ternera que había tirado por la borda no quería alejarse del cohete, sino que daba vueltas alrededor de él, convertida en su segundo satélite artificial, ocasionando regularmente, cada once minutos y cuatro segundos, un corto eclipse solar. Para calmar mis nervios, me dediqué a calcular los elementos de su movimiento y las perturbaciones de la órbita provocadas por las interferencias de la de la llave perdida. El resultado obtenido al cabo de varias horas de trabajo me informó que durante los próximos seis millones de años la ternera precedería a la llave circundando el cohete por una órbita circular, para después adelantarse a la nave. Finalmente, ya cansado, me acosté. En medio de la noche tuve la sensación de que alguien me sacudía el hombro. Abrí los ojos y vi a un hombre inclinado sobre mi cama. Su cara no me resultó desconocida, pero no tenía ni idea de quién era.

- Levántate - dijo - y coge las llaves; vamos arriba para atornillar el timón...

- En primer lugar, no nos conocemos tanto como para que me tutee - repliqué -, y además, sé que usted no está aquí. Este es ya el segundo año que voy solo en el cohete, ya que estoy volando desde la Tierra a la constelación de Aries. Por tanto, no es usted más que un personaje de mi sueño.

Pero él seguía sacudiéndome e insistiendo que fuera a buscar las herramientas.

- Tonterías - le espeté, empezando a enfadarme, porque temía que este altercado me despertara. Sé por experiencia cuánto cuesta volver a dormirse después de un despertar de esta clase -. No pienso ir a ninguna parte, porque de nada serviría. Un tornillo apretado en sueños no resuelve

una situación que existe cuando uno está despierto. Haga el favor de no molestarme y esfumarse o marcharse del modo que usted prefiera, si no, puedo despertarme.

- ¡Pero si no estás durmiendo, palabra de honor! - exclamó la testaruda aparición. ¿No me reconoces? ¡Mira aquí!

Me indicó con un dedo dos verrugas de tamaño de una fresa silvestre que tenía en la mejilla izquierda. Por reflejo, puse la mano en mi cara, porque yo justamente tengo en ese sitio dos verrugas idénticas a las suyas. En este mismo momento me di cuenta de por qué el personaje del sueño me recordaba a alguien conocido: se me parecía a mí como se parecen dos gotas de agua.

- ¡Déjame en paz! - voceé cerrando los ojos para preservar la continuidad de mi sueño-. Si eres yo, no tengo por qué tratarte de usted, pero al mismo tiempo es la mejor prueba de que no existes. Me di la vuelta en la cama y me tapé la cabeza con la manta. Oí que decía algo acerca de idiotas e idioteces, hasta que, exasperado por mi falta de reacción, grito:

- ¡Lo lamentarás, imbécil! ¡Y te convencerás, demasiado tarde, de que no era ningún sueño!

No me moví. Por la mañana, cuando abrí los ojos, me acordé en seguida de la extraña historia nocturna. Me senté en la cama y me puse a pensar en las curiosas bromas que gasta a un hombre su propia mente: he aquí que, no teniendo a bordo ninguna alma gemela, me desdoblé en cierto modo en sueños ante la necesidad urgente de dar solución a un problema importante. Constaté, después de desayunar, que el cohete había experimentado durante la noche un aumento de velocidad considerable; empecé, pues, a hojear los tomos de la pequeña biblioteca de a bordo, buscando en los manuales un consejo para mi peligrosa situación. Sin embargo, no encontré nada. Desplegué entonces sobre la mesa un mapa de estrellas y, a la luz de la cercana Betelgeuse, velada a ratos por la ternera que volvía sobre su órbita, busqué en la región en la que me encontraba la sede de alguna

civilización cósmica que pudiera prestarme ayuda. Pero era un desierto estelar completo, que todas las naves evitaban por ser un terreno excepcionalmente peligroso, puesto que se encontraban en él unos remolinos de gravitación, tan enigmáticos como amenazadores, en la cantidad de 147, cuya existencia tratan de aclarar seis teorías astrofísicas, cada una de modo diferente.

El calendario cosmonáutico advertía a los viajeros sobre las consecuencias imprevisibles de los efectos relativísticos que pueden tener el paso por un remolino, sobre todo si la nave desarrolla una gran velocidad. A mí estas advertencias no me servían, ya que no tenía control de mi nave. Calculé solamente que chocaría con el borde del primer remolino a eso de las once, así que me di prisa en la preparación del desayuno, para no tener que enfrentarme con el peligro en ayunas. Estaba secando el último plato cuando el cohete empezó a dar tumbos y sacudidas tan fuertes, que los objetos votaban de una pared a otra. Me arrastré a duras penas hasta la butaca, a la cual logré atarme. Mientras las sacudidas se hacían cada vez más fuertes, vislumbré al lado opuesto del habitáculo una especie de neblina lila, y en medio de ella, entre la pica y la cocina, una confusa silueta humana con delantal, vertiendo huevos batidos en la sartén. La aparición me miró con atención, pero sin ninguna señal de asombro, después de lo cual se desdibujó y desapareció. Me froté los ojos. Como mi soledad era un hecho irrefutable, atribuí aquella imagen a un aturdimiento momentáneo.

Sentado en mi butaca, o, mejor dicho, saltando junto con ella, comprendí en un momento de clarividencia que no fue una alucinación. Justo entonces pasaba cerca de mí un grueso volumen de la Teoría General de la Relatividad. Probé atraparlo al vuelo, lo que conseguí al cuarto intento. No era nada fácil hojear el pesado libro en aquellas condiciones - las fuerzas que hacían dar tumbos de borracho a la nave eran terribles -, pero encontré por fin el párrafo que me interesaba. Se hablaba en él de los fenómenos del llamado lazo temporal, o sea, la inflexión de la dirección

del fluir del tiempo dentro del área de los campos gravitacionales de tremenda fuerza, que pueden provocar incluso un cambio de la dirección tan radical que ocurre lo que se llama la duplicación del presente. El remolino que acababa de atravesar no era de los más potentes. Sabía que si pudiera desviar un poquito la proa de la nave hacia el polo de la Galaxia, cortaría el llamado Vórtex Gravitiosus Pinckenbachii, donde fueron observados repetidas veces los fenómenos de la duplicación y hasta triplicación del presente.

Me llegué a la cámara de los motores y, a pesar de la inmovilización de mis timones, manipulé tan asiduamente los aparatos, que conseguí una ligera desviación de mi trayectoria hacia el polo galáctico, operación que exigió varias horas de trabajo. Su resultado sobrepasó mis previsiones. La nave alcanzó el centro del remolino a medianoche, temblándole y gimiendo toda la estructura, hasta tal punto que temí por mi integridad, pero salió indemne de la prueba. Cuando nos rodeó de nuevo la paz cósmica habitual, abandoné la cámara de los motores, para verme a mí mismo en la cama, sumido en profundo sueño. Comprendí al instante que era el yo del día anterior, o sea, de la noche del lunes. Sin reflexionar en el lado filosófico de aquel fenómeno más bien fuera de serie, me puse a sacudir al dormido por el hombro, gritándole que se levantara en seguida, ya que sabía cuánto tiempo duraría su existencia del lunes en la mía del martes. El arreglo de los timones era urgente y había que aprovechar la existencia simultánea de ambos, sin pérdida de tiempo. Pero el dormido abrió solamente un ojo y dijo que no deseaba que le tuteara, y que yo no era más que una fantasmagoría del sueño. En vano le di tirones y más tirones, en vano traté de levantarlo por la fuerza. Se resistía a todos mis intentos, repitiendo tercamente que estaba soñando conmigo. Impasible ante mis juramentos y palabrotas, me explicó con mucha lógica que unos tornillos apretados en sueños no aguantarían el timón durante la vigilia. Ni bajo mi palabra de honor pude convencerle de que se equivocaba; mis súplicas e insultos le dejaron impávido, igual que la



demostración de mis verrugas. No quiso creerme y no me creyó, Se dio la vuelta en la cama y se puso a roncar. Me senté en la butaca para aquilatar con calma la situación. La estaba viviendo por segunda vez: la primera, el lunes, fui yo quien dormía, y ahora, el martes, el que despertaba al dormido sin resultado. El yo del lunes no creía en la realidad del fenómeno de la duplicación pero el yo del martes ya lo conocía. Era lo más simple del mundo, un lazo temporal. ¿Qué se debía hacer, pues, para reparar los timones? Puesto que el del lunes seguía durmiendo y que yo recordaba que no me había despertado aquella noche hasta la mañana siguiente, comprendí que no valía la pena continuar mis esfuerzos de sacarle del sueño. Según el mapa, nos esperaban todavía grandes remolinos gravitacionales, así que podía contar con otra duplicación del presente en el transcurso de próximos días. Quise escribirme una carta a mí mismo y prenderla con un alfiler a la almohada, para que el yo del lunes, al despertarse, pudiera convencerse de manera palpable de que el supuesto sueño era una realidad. Pero, cuando me hube sentado a la mesa con una pluma en la mano, oí un ruido sospechoso en los motores, me fui, pues, allá y regué con agua la pila atómica sobrecalentada hasta el alba, mientras el yo del lunes dormía profundamente, lamiéndose los labios de vez en cuando, lo que me ponía bastante nervioso. Sin haber cerrado un ojo, hambriento y cansado, me preparé el desayuno; estaba secando los platos cuando el cohete irrumpió en un nuevo remolino gravitacional. Me veía a mí mismo del lunes mirándome estupefacto, atado a la butaca, mientras el yo del martes freía una tortilla. Una sacudida muy fuerte me hizo perder el equilibrio, me caí y perdí un instante el conocimiento. Cuando volví en mí, en el suelo, rodeado de trozos de porcelana, vi junto a mi cara los pies de un hombre.

- Arriba - dijo, ayudándome a levantarme -. ¿Te has hecho daño?

- No - contesté, apoyando las manos en el suelo, porque la cabeza me daba vueltas -. ¿De qué día de la semana eres?

- Del miércoles - repuso -. Vamos rápidamente a arreglar el timón, no

- perdamos tiempo.
- ¿Y dónde está el del lunes? - pregunté. - Ya no está, o tal vez lo seas tú.
- ¿Por qué yo?
- Sí, porque el del lunes se convirtió en el del martes durante la noche del lunes a martes, etc.
- ¡No entiendo!
- No importa, es falta de costumbre. ¡Ven, date prisa!
- Ya voy - dije, sin moverme del suelo. Hoy es martes. Si tú eres del miércoles y el miércoles los timones no están arreglados, sabemos, por deducción, que algo nos impedirá la reparación, ya que, en el caso contrario tú, el miércoles no me apremiarías para que los arreglara contigo el martes. Tal vez fuera mejor, pues, no arriesgar la salida afuera.
- ¡Estás divagando! - exclamó -. Piensa un poco, hombre. Yo soy el miércoles y tú eres el martes; en cuanto al cohete, supongo que es, si se puede decir, abigarrado. Tendrá sitios donde es martes, en otros será miércoles, incluso puede haber un poco de jueves. El tiempo se mezcló como cartas de una baraja al atravesar aquellos remolinos, pero a nosotros, ¿qué nos importa si somos dos y, gracias a ello, tenemos la posibilidad de reparar el timón?
- ¡No, no tienes razón! - contesté -. Si el miércoles, en el cual tú estás, habiendo vivido y dejado atrás todo el martes, si el miércoles, repito, los timones no están reparados, por consiguiente no lo fueron el martes, ya que ahora es martes y si tuviéramos que arreglarlos dentro de un rato entonces este rato sería para ti el pasado y no habría nada por arreglar. Por ende...
- ¡Por ende eres cabezota como un asno! - gruñó -. ¡Lamentarás tu estulticia. La única satisfacción que tengo es que rabiarás contra tu terquedad obtusa, como yo ahora, cuando llegues a miércoles.
- ¡Ah, ya está! ¿Quieres decir que yo, el miércoles, seré tú y trataré de

convencerme a mí, del martes, como lo estás haciendo tú en este momento, sólo que todo será al revés, tú serás yo y yo tú? ¡Entiendo! ¡En esto consiste el lazo del tiempo! Espera, ya voy, voy en seguida, lo he comprendido todo...

Pero, antes de que me hubiera levantado del suelo, caímos en otro remolino y una fuerza de gravitación descomunal nos aplastó contra el techo. Durante toda la noche de martes a miércoles no cesaron los terribles saltos y sacudidas. Cuando se hubo calmado todo un poco, la Teoría General de Relatividad me dio un golpe en la frente al cruzar la cabina, tan fuerte que perdí la conciencia. Al abrir los ojos, vi en el suelo fragmentos de la vajilla y, entre ellos, un hombre inmóvil. Me levanté en

un salto y, levantándole, exclamé:  
- ¡Arriba! ¿Te has hecho daño?

- No - contestó abriendo los ojos -. ¿De qué día de la semana eres?

- Del miércoles - repuse -. Vamos rápidamente a arreglar el timón, no perdamos tiempo.

- ¿Y dónde está el del lunes? - preguntó, sentándose. Tenía un ojo a la funerala.

- Ya no está, o, tal vez, lo seas tú.  
- ¿Por qué yo?

- Sí, porque el del lunes se convirtió en el del martes durante la noche del lunes a martes, etc.

- ¡No entiendo!

- No importa, es falta de costumbre. ¡Ven, date prisa!  
Mientras decía esto, ya estaba buscando las herramientas.

- Ya voy - dijo lentamente, sin mover ni un dedo -. Hoy es martes. Si tú eres del miércoles, y el miércoles los timones no están arreglados, sabemos, por deducción, que algo nos impedirá la reparación, ya que, en el caso contrario, tú, el del miércoles no me apremiarías para que los arreglara contigo el martes. Tal vez fuera mejor, pues, no arriesgar la salida afuera.

- ¡Estás divagando! - chillé enfadadísimo -. Piensa un poco hombre. Yo soy del miércoles y tú eres del martes... Empezamos a pelear, invertidos los papeles. Llegué a enfurecerme de veras porque no hubo manera de convencerle de que viniera conmigo a reparar los timones, ni siquiera insultándole ni comparándole con asnos cabezotas. Cuando por fin conseguí que cambiara de parecer caímos en el remolino gravitacional siguiente. Me cubrí de un sudor frío cuando pensé que desde entonces daríamos vueltas en círculo en aquel lazo temporal hasta la eternidad, pero, por suerte, no fue así. Al debilitarse la gravitación hasta el punto de poder levantarme, estaba otra vez en la cabina. Por lo visto el martes local que se mantenía en las cercanías desapareció, convirtiéndose en un pasado sin retorno. Me senté sin tardar a examinar el mapa, buscando algún remolino decente en el que pudiera introducir el cohete para provocar una nueva inflexión del tiempo que me proporcionaría a un ayudante.

Efectivamente, encontré uno bastante prometedor y, maniobrando los motores, dirigí el cohete, con grandes esfuerzos de manera que pudiera entrar en su mismo centro. Hay que decir que la configuración de aquel remolino era, según el mapa, más bien desacostumbrada: tenía dos centros, uno al lado del otro. Pero yo, en mi desespero no hice caso de esa anomalía.

Durante las horas de trabajo en la cámara de motores me ensucié mucho las manos: fui, pues, a lavármelas, sabiendo que tardaríamos todavía bastante en entrar en el remolino. El cuarto de baño estaba cerrado. Llegaban de él unos sonidos especiales. como si alguien hiciera gárgaras.

- ¿Quién hay aquí? - grité, sorprendido. - Yo - contestó una voz desde dentro. -¿Quién es ese «yo»?

- Ijon Tichy.

- ¿De qué día?

- Del viernes. ¿Qué quieres?

- Quería lavarme los manos... - dije maquinalmente, pensando con

intensidad al mismo tiempo; era miércoles noche, y él procedía del viernes; por tanto, el remolino gravitacional al que se acercaba el cohete inflexionaría el tiempo del viernes al miércoles, pero no podía representarme de ningún modo lo que iba a pasar luego dentro del remolino. Lo que más me intrigaba era la cuestión de dónde podía estar el del jueves. Mientras tanto, el del viernes no me dejaba entrar en el baño, a pesar de mis llamadas.

- ¡Déjate ya de gárgaras! - vociferé finalmente con impaciencia -. Cada momento perdido nos puede costar caro. ¡Sal inmediatamente y ayúdame con los timones!

- Para eso no te hago ninguna falta - contestó con calma a través de la puerta -. Por ahí debe de andar el del jueves; llévatelo a él...

- ¿Quién del jueves? Es imposible...

- Supongo que sé si es posible o no, puesto que ya estoy en viernes, y he vivido tanto tu miércoles como el jueves de él... No muy seguro de mí mismo, giré en redondo al oír un ruido en la cabina: un hombre estaba sacando de debajo de la cama el pesado estuche de las herramientas.

- ¿Tú eres del jueves? - exclamé, corriendo hacia él. - Exactamente - contestó -. Exactamente... Ayúdame...

- ¿Conseguiremos arreglar ahora los timones? -le pregunté, mientras sacábamos la pesada bolsa.

- No lo sé, el jueves no estaban reparados, pregunta al del viernes...

- ¡Claro, qué cabeza la mía! - Volví rápidamente a la puerta del baño -. ¡Oyeme, el del viernes! ¿Están listos los timones?

- Hoy viernes, no - repuso.

- ¿Por qué no?

- Por eso - dijo, abriendo la puerta. Tenía la cabeza envuelta en una toalla y apretaba contra la frente la hoja de un cuchillo, procurando frenar de este modo el crecimiento de un chichón grande como un huevo. El del jueves se acercó con las herramientas y estaba a mi lado, observando

al accidentado con calma y atención. El del viernes dejó sobre una repisa la botella de agua bórica que tenía en la mano libre. Así que fue el gorgoteo del antiséptico lo que yo había tomado por gargarismos.

- ¿Qué es lo que te lo hizo? - pregunté, compasivo.

- No qué, sino quién - contestó -. Fue el del domingo.

- ¿El del domingo? ¡Pero cómo..., no puede ser! - exclamé.

- Es un poco largo de explicar...

- ¡Dejadlo ahora! Corramos afuera, tal vez tengamos tiempo - me dijo el del jueves.

- Pero si el cohete entrará en seguida en el remolino - respondí -. La sacudida puede tirarnos al vacío. Moriremos.

- No digas tonterías - replicó el del jueves -. Si el del viernes está vivo, nada puede pasarnos. Hoy es sólo jueves.

- No, miércoles - protesté.

- Bueno, de acuerdo, da lo mismo. En cualquier caso, el viernes estaré vivo, y tú también.

- Pero somos dos sólo en apariencia - apunté -; en realidad, estoy aquí únicamente yo, sólo que de varios días de la semana...

- Bueno, bueno. Abre la válvula...

Pero resultó que sólo teníamos una escafandra de vacío. No podíamos, pues, salir del cohete ambos a la vez, lo que terminó ese plan de la reparación de los timones.

- ¡Maldita historia, demonios! - grité exasperado, tirando al suelo la bolsa de las herramientas -. Había que ponerse la escafandra y no quitársela para nada. Yo no pensé en ello, pero, puesto que eres del jueves, hubieras debido recordarlo!

- El del viernes me quitó la escafandra - replicó.

- ¿Cuándo? ¿Por qué?

- No creo que valga la pena explicarlo - se encogió de hombros, se dio la vuelta y volvió a la cabina. El del viernes no estaba. Miré en el cuarto de baño, pero allí tampoco lo encontré.

- ¿Dónde está el del viernes? - pregunté extrañado. El del jueves partía sistemáticamente los huevos con un cuchillo y soltaba su contenido sobre la grasa caliente.
- En alguna parte, al lado de el del sábado - contestó con flema, mezclando rápidamente los huevos revueltos.
- Lo siento mucho - protesté -; tú ya tuviste tu ración del miércoles y no tienes derecho a cenar otra vez el mismo día.
- Las Provisiones son más tanto como tuyas - dijo levantando tranquilamente con el cuchillo los bordes de la masa -. Yo soy tú y tú yo, así que viene a ser lo mismo.
- ¡Qué sofisticada! ¡Deja de poner tanta mantequilla! ¿Te has vuelto loco? ¡No tengo provisiones para tanta gente!

La sartén se le escapó de la mano, yo reboté contra la pared: habíamos entrado en el remolino. La nave volvió a temblar como si tuviera una crisis de paludismo, pero yo pensaba tan sólo en salir al pasillo donde estaba colgada la escafandra, y ponérmela, fuera como fuese. Así, cuando después del miércoles viniera el jueves, yo, convertido en el del jueves (éste era mi razonamiento), llevaría ya la escafandra encima, y si no me la quitaba un solo instante (lo que me proponía firmemente) la llevaría puesta también el viernes. Gracias a esta estrategia, tanto yo del jueves como yo del viernes tendríamos nuestras escafandras y, al encontrarnos en el mismo presente, podríamos por fin reparar los malditos timones. El aumento de las fuerzas de gravitación me aturdió un poco; cuando volví a abrir los ojos, me di cuenta de que estaba echado a la derecha del jueves, y no a la izquierda, como antes. No me fue difícil idear todo el plan con la escafandra, pero sí lo era realizarlo porque la gravitación, que iba en aumento, apenas me permitía volverme. Cuando disminuía un poquito, me arrastraba por el suelo milímetro a milímetro hacia la puerta del pasillo. Observé, mientras tanto, que el del jueves hacía exactamente lo mismo. Finalmente, al cabo de una hora, ya que el remolino era muy extenso, nos encontramos aplastados en el suelo junto al umbral de aquella puerta.

Pensé que, en el fondo, mis esfuerzos no eran imprescindibles; podía dejar que la abriera el del jueves. Sin embargo, empecé a recordar varios detalles que me hacían comprender que ya era yo el del jueves, y no él.

- ¿De qué día eres? - pregunté, para estar seguro. Con la barbilla apretada contra el suelo, le miraba de cerca a los ojos. Abrió la boca con dificultad.

- Del jue... ves - masculló.

Era muy extraño. ¿Continuaría yo, a pesar de todo, siendo del miércoles? Ordené un poco en la cabeza las reminiscencias de los últimos hechos y llegué a la conclusión de que no era posible. El tenía que ser ya el viernes. Ya que antes se me adelantaba un día, seguía seguramente igual.

Esperé a que abriera la puerta, pero tuve la impresión de que él se proponía que lo hiciera yo. La gravitación se debilitó notablemente, así que me levanté y salí corriendo al pasillo. Cuando cogí la escafandra, él me echó la zancadilla y me la arrancó de las manos. Me caí cuan largo era.

- ¡Canalla, cerdo! - grité -. ¡Hacerse esto a sí mismo! ¡Qué animalada! Pero él se ponía la escafandra sin hacerme caso. Verdaderamente, se pasaba de canalla. De repente, una fuerza extraña le expulsó fuera de la escafandra, en la cual, por lo visto, estaba ya alguien metido. Todo esto me desconcertó un poco: ya no sabía quién era quién.

- ¡Eh, tú, el del miércoles - gritó el hombre de la escafandra -. ¡Agarra al del jueves, ayúdame!

En efecto, el del jueves procuraba despojar al otro de la escafandra, forcejeando con él y vociferando:  
- ¡Suelta esto!

- ¡Vete al cuerno! ¿No ves que me toca a mí y no a ti! - gritó a su vez el otro.

- ¡No sé por qué!

- ¡Porque, imbécil, yo estoy más cerca del sábado que tú, y el sábado los dos tendremos escafandras!

- ¡Eso son ganas de decir tonterías! - intervine yo en su pelea -. En el



mejor de los casos, el sábado sólo tú tendrás la escafandra y no podrás hacer nada, idiota. Dámela a mí; si me la pongo ahora, la tendrás el viernes como el del viernes, y yo también el sábado, como el del sábado, lo que quiere decir que en este caso, seremos dos con dos escafandras...

¡El del jueves, échame una mano!

- Déjate de historias - protestó el del viernes, defendiéndose, ya que le quise despojar de la preciada prenda por la fuerza -. Primero, no tienes a quien llamar «el del jueves», porque ya pasó la medianoche y ahora mismo tú eres el del jueves; segundo, será mejor que yo me quede con la escafandra, a ti no te servirá de nada...

- ¿Por qué? Si me la pongo hoy, la llevaré también mañana.

- Ya te convencerás tú mismo... ¿No ves que yo ya era tú el jueves? Mi jueves ya pasó, así que sé muy bien...

- ¡Hablas demasiado! ¡Suéltala ahora mismo! -gruñí con rabia. Pero él se me escapó y tuve que perseguirle, primero por la cámara de motores y luego por la cabina. Efectivamente, en el cohete no había nadie más que nosotros dos. Entendí entonces por qué el del jueves me habla dicho que el del viernes le había quitado la escafandra: ahora yo era el del jueves y el del viernes me la estaba quitando a mí. Pero decidí no rendirme tan fácilmente. Espera y verás con quién tratas, pensé. Me fui corriendo a la cámara de motores donde antes había visto en el suelo un fuerte palo que servía para remover la pila atómica, lo agarré y volví a la carrera a la cabina con mi arma. El otro todavía no había tenido tiempo de ponerse el casco.

- ¡Quítate la escafandra! - le espeté, apretando con fuerza el palo.

- ¡Ni soñar!

- ¡Quítatela, te digo!

Dudé un momento si debía pegarle. Me desconcertaba un poco que no tuviera el ojo amoratado ni el chichón en la frente como el del viernes que descubrí en el cuarto de baño, pero de pronto me di cuenta que así tenía que ser. El del viernes era ya seguramente del sábado, acercándose ya tal

vez al domingo, mientras el del viernes presente, el que llevaba la escafandra, era hasta hace poco el del jueves, en el cual yo me había convertido a medianoche, así que me estaba acercando por la curva del lazo temporal al sitio en el que el del viernes de antes de la paliza se convertiría en el del viernes apaleado. Pero él me había dicho antes que le arregló así el del domingo, del cual no había ni rastro: en la cabina estábamos sólo él y yo. De pronto, una luz deslumbrante me esclareció los hechos.

- ¡Quítate la escafandra! - grité, amenazador.  
- ¡Vete a la porra, el del Jueves! exclamó.  
- ¡No soy del Jueves! ¡Soy del DOMINGO! - vociferé, acometiéndole. Quiso darme una patada, pero los zapatos de la escafandra pesan mucho; antes de que tuviera tiempo de levantar el pie, le di con el palo en la cabeza. No con demasiada fuerza, evidentemente, ya que ya tenía bastante práctica para saber que, a mi vez, recibiría el golpe cuando pasara a ser del viernes y, con franqueza, no quería partirme el cráneo en dos. El del viernes cayó gimiendo, las manos en la cabeza; le despojé brutalmente de la escafandra y, cuando se marchaba hacia el baño farfullando: «algodón, agua bórica ... », empecé a ponerme aquel traje para el vacío, objeto de tanta lucha. Mientras me estaba vistiendo, vi de repente un pie humano que asomaba debajo de la cama. Me arrodillé y miré. Debajo de la cama había un hombre que, procurando no hacer ruido, tragaba vorazmente la última tableta de chocolate con leche que había guardado en la maleta para algún caso de emergencia galáctica. El ladrón se daba tanta prisa que devoraba el chocolate junto con jirones de papel de plata, que se le pegaban a los labios.

- ¡Deja ese chocolate! - grité a todo pulmón, tirándole de la pierna -  
¿Quién eres? ¿El del jueves...? - dije bajando la voz, súbitamente inquieto, pensando que yo tal vez era ya del viernes, lo que significaría que me esperaba la paliza, aplicada por mí al del viernes.  
- Soy el del domingo - contestó con la boca llena.

Me sentí un poco raro. O mentía, y entonces la cosa no tenía importancia, o decía la verdad, lo que me amenazaba irremediabilmente con chichones, ya que fue el del domingo quien pegó al del viernes, tal como el del viernes me había dicho, y yo, haciéndome pasar luego por el del domingo, le di en la cabeza con el palo. En cualquier caso, pensé, aunque mintiera que era del domingo, era probablemente más adelantado que yo y, siendo más adelantado, recordaba todas las cosas anteriores, sabiendo ya que yo había mentido al del viernes. En estas circunstancias, podía hacerme una treta análoga puesto que lo que fue mi artimaña táctica constituía para él un recuerdo, fácil de aplicar. Mientras yo, indeciso, pensaba en lo que debía hacer, tragó el último trozo de chocolate y salió de debajo de la cama.

- Si eres del domingo, ¿dónde tienes la escafandra? - exclamé bajo el impulso de una idea nueva.

- Ahora mismo la tendré... - dijo tranquilamente.

De repente vi que tenía un palo en la mano... Advertí todavía un destello de luz, tan fuerte como una explosión de decenas de supernovas a la vez, y perdí la conciencia. Me desperté, sentado en el suelo del cuarto de baño,

Alguien estaba aporreando la puerta. Empecé a curar mis morados y chichones, mientras el otro seguía llamando; resultó que era el del miércoles. Le enseñé finalmente mi cabeza llena de porrazos, él se fue con el del jueves a buscar las herramientas, luego sobrevino el jaleo y la lucha por la escafandra. Salí con vida de todo esto y, el sábado por la mañana, me metí debajo de la cama para ver si encontraba una tableta de chocolate en mi maletín. Alguien me cogió de las piernas mientras estaba comiendo la última que encontré debajo de las camisas; no sé quién era, pero le di por si acaso con un palo en la cabeza, le quité la escafandra y me la estaba poniendo cuando el cohete cayó en el remolino siguiente. Al volver en mí, vi la cabina llena de gente. Apenas era posible moverse en ella. Resultó que todos eran yo mismo, de distintos días, semanas y meses. Al parecer, había incluso uno del año próximo. Varias personas tenían ojos amoratados y chichones en la cabeza; cinco de los presentes

llevaban escafandras. Pero, en vez de salir inmediatamente afuera para arreglar los desperfectos, empezaron a discutir, vociferar y pelearse. Se trataba de saber quién había pegado a quién, y cuándo. La situación se complicaba cada vez más, empezaron a aparecer los de la mañana y los de la tarde; temí que si las cosas seguían así, me fragmentaría en unos yos del minuto y del segundo. Por añadidura, la mayoría de los presentes mentían descaradamente, de tal suerte que, hasta hoy día no sé verdaderamente a quién pegué y quién me pegó a mí durante la trifulca del jueves, el del viernes y el del miércoles que fui sucesivamente. Tengo la impresión que, a causa de haber mentido al del viernes diciéndole que era del domingo, recibí una paliza más de las que resultaban de los cálculos según el calendario. Pero prefiero dejar ya en olvido aquellos momentos desagradables, visto que el hombre que durante una semana no hizo más que pegarse a sí mismo, no tiene de veras de qué enorgullecerse. Mientras tanto, las peleas continuaban. Era un desespero ver aquella actividad y pérdida de tiempo durante la loca carrera a ciegas del cohete, que le llevaba de vez en cuando a los remolinos del tiempo. Finalmente, los que tenían escafandra se pegaron con los que no las tenían. Traté de introducir un poco de orden en aquel caos y, finalmente, después de unos esfuerzos sobrehumanos, logré organizar una especie de asamblea, cuyo presidente fue proclamado por unanimidad el del año próximo, por ser el de más edad.

Luego escogimos también una comisión escrutinadora, una comisión de arbitraje y una comisión de mociones libres. Cuatro de los del mes próximo fueron encargados del servicio del orden. Sin embargo, durante esos trabajos organizativos pasamos por un remolino negativo que redujo nuestro número a la mitad, de modo que en la primera votación secreta faltó el quórum; no tuvimos, pues, más remedio que cambiar los estatutos antes de proceder a la elección de los candidatos a reparadores de los timones. El mapa anunciaba varios remolinos en nuestra trayectoria, que anulaban los logros obtenidos; a veces desaparecían los candidatos ya escogidos, o bien

volvían el del martes y el del miércoles con la cabeza envuelta en la toalla, provocando escenas de mal gusto. Después de pasar un remolino positivo de gran fuerza, apenas cabíamos en la cabina y en el pasillo, y, por falta de sitio, no se podía ni soñar con abrir la válvula de salida. Lo peor era que las dimensiones de los desplazamientos en el tiempo crecían cada vez más, empezaba a aparecer gente con canas, de vez en cuando se veían entre la muchedumbre unas cabecitas infantiles que, evidentemente, también eran yo mismo en el período de la niñez. No me acuerdo, de veras, si yo seguía siendo del domingo o era ya del lunes. Por otra parte, esto no tenía importancia. Los niños lloraban, apretujados por el gentío, y llamaban a la mamá. El presidente, el Tichy del año próximo, soltaba tacos, porque el del miércoles, que se metió bajo la cama en una vana búsqueda del chocolate, le mordió en la pierna cuando le había pisado un dedo. Veía claramente que todo esto terminaría mal, tanto más que ya empezaban a aparecer entre nosotros algunas barbas blancas. Entre los remolinos 142 y 143 hice circular entre la gente una lista de presencias, pero entonces se descubrió que muchas personas mentían, presentando datos personales falsos. Sólo Dios sabe por qué lo hacían; tal vez fuera un desequilibrio mental, provocado por la atmósfera reinante en el lugar. El ruido era tal, que uno sólo se podía hacer entender gritando con todas sus fuerzas. De pronto uno de los Ijon del año pasado tuvo una idea, al parecer brillante: que el más viejo de nosotros contara la historia de su vida; gracias a esto, se tenía que aclarar por fin quién debía arreglar los timones, puesto que el de mayor edad contenía en su experiencia pasada todos los presentes de varios meses, días y años. Nos dirigimos con esta petición a un anciano de pelo blanco, quien, temblando ligeramente, se mantenía en un rincón, apoyado en la pared. Accedió con mucho gusto y procedió a narrarnos una larga y aburrida historia sobre sus hijos y nietos, pasando a continuación a sus viajes cósmicos, numerosísimos en su larga vida de noventa años. Del que se estaba efectuando en el presente, el único que nos interesaba, no se

acordaba siquiera por lo avanzado de su esclerosis y por su emoción, pero era tan pagado de sí mismo que no quería confesarlo, contestando a las preguntas de manera evasiva y volviendo tercamente a sus altas relaciones, condecoraciones y nietecitos, así que finalmente tuvimos que gritarle que se callara. Dos remolinos siguientes hicieron una liquidación cruel entre los reunidos. Después del tercero no sólo hubo mucho sitio libre en el cohete, sino que desaparecieron todos los que llevaban escafandras. Quedó una, vacía, que la comisión especialmente designada al objeto colgó en el pasillo. Después de una nueva lucha por el preciado traje, vino otro remolino que vació la nave. Me encontré sentado en el suelo, con los ojos hinchados, entre objetos destrozados, jirones de ropa y libros rotos, El suelo estaba cubierto de papeletas de votación. El mapa me indicó que había atravesado ya toda la zona de remolinos gravitacionales. Al no poder contar con una duplicación y, por tanto, con una posible ayuda en el arreglo del defecto del cohete, caí en la depresión y en el desespero. Cuando una hora más tarde salí al pasillo, advertí, estupefacto la ausencia de la escafandra. Recordé entonces, como a través de una niebla, que, antes del último remolino dos pequeñajos habían salido disimuladamente de la cabina. ¿Se habrán puesto los dos la única escafandra? Impelido por una idea súbita corrí a los timones. ¡Funcionaban! Así pues, los dos niños arreglaron la avería mientras nosotros nos enzarzábamos en disputas estériles. Supongo que uno de ellos puso los brazos en las mangas de la escafandra y, el otro, en sus perneras; de este modo, pudieron tener simultáneamente en las dos manos las dos llaves para atornillar las tuercas a ambos lados de los timones. Encontré la escafandra vacía en la cámara de presión, junto a la válvula. Me la llevé a la cabina como si fuera una reliquia, sintiendo mi corazón colmado de gratitud hacia aquellos valientes chiquillos, que eran yo, mucho tiempo atrás. Así terminó aquella aventura mía, tal vez una de las más extraordinarias de mi vida. Llegué felizmente al término de mi viaje gracias a la inteligencia y valor que manifesté en las personas de los dos

niños.

Se dijo después que inventé toda esta historia; los más malintencionados se permitieron insinuar que tengo una debilidad por el alcohol, bien disimulada en la Tierra, a la cual doy paso libre durante los largos años de viajes cósmicos. Sólo Dios sabe qué clase de chismorreos corrió sobre el tema; los hombres son así: más fácilmente dan fe a unos absurdos por inverosímiles que sean, que a los hechos auténticos que me permití presentar en estas líneas.

FIN.

**Stanislaw Lem (1921-2006):** Nació en 1921 en Lvov, ciudad de Ucrania que hasta 1939 perteneció a Polonia. Hijo único. Comenzó sus estudios de medicina en 1939, que quedaron interrumpidos durante la ocupación nazi. Durante la guerra fue miembro de la resistencia. Su familia, católica pero de ascendencia judía, se salvará del Holocausto en parte por suerte. Con el inicio de la gran guerra empieza a trabajar de soldador y mecánico, desde donde realizaba algunas acciones de sabotaje. Sobre esto, él mismo argumentaba que su cualidad de soldador era más bien pésima, por lo cual no le suponía realmente ningún esfuerzo el sabotaje. Además colabora con tráfico de armas y municiones para la resistencia polaca. Durante 1942 se salva su familia de las cámaras de gas de Belzec, gracias a documentación falsa y por huir justo a tiempo del ghetto de la ciudad. Dos años después, el ejército de la URSS toma la ciudad y Stanislaw es "repatriado" en 1946 a Cracovia retomando sus estudios de medicina en la especialidad de Psicología. Ese mismo año publica su primera obra, *Hombre de Marte* en una revista juvenil.

En 1948 abandona la carrera de Medicina por sus discrepancias ideológicas, además de también evitar la orden para los médicos de la incorporación a filas, como médico militar. A pesar de ser socialista, disentía de las ideas de Trofim Lysenko, favorecidas por el dogma oficial, acerca de la herederabilidad de los rasgos adquiridos. Sólo recibió un certificado de finalización de estudios.

En 1951 publica su primera novela; *LOS ASTRONAUTAS*, principalmente utópica, lo que contribuyó a que pasase la censura sin muchos problemas. Sobre esta época la Cibernética,

una de las pasiones de Lem es prohibida en todo el bloque socialista por ser considerada una mala influencia del capitalismo.

En 1957 publica *DIARIOS DE LAS ESTRELLAS*. En 1959 se publica *EDÉN*. Es ésta la primera novela, en retrospectiva, con la que Lem estaba complacido (o al menos "no estaba avergonzado").

En 1961 publica *SOLARIS*. Que Andrei Tarkovsky convirtió en película, siendo galardonada con el Premio Especial de Jurado en el Festival de Cannes de 1972.

En 1964 publica *EL INVENCIBLE*, en 1965 *CIBERIADA: FÁBULAS PARA UNA ERA CIBERNÉTICA*, en 1968 *LA VOZ DE SU AMO*, *RELATOS DEL PILOTO PRIX*, en 1971 dos títulos ven la luz: *UN VACÍO PERFECTO* y *CONGRESO DE FUTUROLOGÍA*.

En 1973 escribe *UN VALOR IMAGINARIO*, una colección de prólogos de libros no escritos, mezcla entre experimento y sátira.

En 1976 se publica *LA INVESTIGACIÓN*, y *LA FIEBRE DEL HENO*, en 1979 *MEMORIAS ENCONTRADAS EN UNA BAÑERA*, y en 1986 publica *UN MINUTO HUMANO*, revisión de tres libros que no existen. También publica *FIASCO*, novela seria en la que retorna al problema del contacto con inteligencias extraterrestres. Quizás la más madura de todas sus novelas.

Lem fue miembro honorario de la SFWA (escritores norteamericanos de ciencia ficción y fantasía) en 1973, pero fue expulsado en 1976 tras describir que la ciencia-ficción estadounidense era de baja calidad literaria y estaba más interesada en aventuras que en desarrollar nuevas ideas o formas literarias.

En 1977 fue reconocido como ciudadano honorario de Cracovia.

Con el colapso del comunismo en 1989, abandona en cierto modo la ciencia ficción y se dedica a escribir informes de análisis para algunos gobiernos y organizaciones sobre el futuro más cercano. Sus últimos años fue miembro fundador de la Sociedad Polaca de Astronáutica. Desde 1973 hasta sus últimos años enseñó literatura polaca en la Universidad de Cracovia.

Falleció el 27 de marzo de 2006 en Cracovia a los 84 años de edad, después de una larga enfermedad coronaria.

[Al índice](#)



## 2. CUENTO MADE IN CUBA: ALCOHOL.

Por Gabriel Gil.

El bar estaba al cerrar. Mis amigos y yo aún nos prendíamos de los últimos tragos. El silencio que generaba una embriaguez soberbia y duradera se cernía sobre nosotros, despistándonos unos de los otros y de la realidad circundante. Pero siempre tengo un buen cuento guardado para estas ocasiones, para evitar el duro choque de las mejillas contra el metaloplástico de la barra. Y así es que comenzó este:

-¿Saben qué? Nunca tomen bebidas de Alcohol. Es fatal. Insoportable.-Mis socios entendieron la frase como broma y carcajearon, despreocupados. Cuando advirtieron la sobriedad latente en mi rostro, después de un par de tequilas de enequén ingrávido, un cubata opaco a la luz y un martini pulsarizado, prestaron atención inmediatamente, tomaron sus vasos y los miraron una y otra vez, y luego balbucearon algunas groserías. Entonces corregí:-No. Estos tragos no. Estos son una mierda. No digo bebidas alcohólicas, digo de Alcohol. ¿Nunca han estado en el asteroide Alcohol?

-No.-respondieron todos.

-Pero claro... -consentí- por ahí se pasa por casualidad, ni siquiera hay ciudades ahí. Es sólo un asteroide de gasolineras, tabernas, casinos y moteles. Esta de paso entre Arena y Serena, las meteorocudades gemelas. Pero tampoco es una parada visible: hay que ponerse en órbita un minuto, luego acelerar hasta 87 velocidades de escape e incorporarse de nuevo a la órbita por seis minutos. Desde que el viaje hiperespacial se ha vuelto tan

preciso es muy improbable que una nave que no sea del vecindario se tropiece con Alcohol. Los trabajadores y los turistas son del cinturón y...

-Este va a ser un cuento largo...-dijo entre dientes uno de los chicos. Luego se dirigió al barman y ordenó:-...Sambuca Margarita Electrolítica, por favor-se volteó hacia el grupo y añadió:-para activar mis neuronas, ya saben...

-Alcohol es un lugar asqueroso.-continué- Si, ya sé. Ustedes dirán: Putas, juego, tragos. ¿Qué más se puede pedir? Y aquí es dónde les digo que las putas son naturales, mujeres. Por favor, ¿en qué siglo viven? Si uno quiere una puta es porque está harto de su mujer, necesita una cyborg que sepa moverse bien, que no le entren dolores de cabeza, que no juzgue nuestra actuación... si saben a qué me refiero... Los juegos son tan alienígenas que el fanfarroneo y las apuestas se penan. ¡¿Caramba, qué diversión le encuentran?! Y los tragos... malditos tragos...no sé que coño le echan... pero te das dos toques y comienzas a recordar todos los golpes de cabeza de tu vida, uno tras otro... bang, bang, bang... luego sientes que te duermes, pero es inevitable. Luego despiertas, y poco después te vuelves a dormir. Y entras en vigilia y sales al sueño, y entras y sales... Es la peor sensación. Esperen... -entonces me volteé hacia el barman y le indiqué:-un Tom Collins Jr. asustado tres veces, por favor.

Los chicos miraron despreciando mi alarde por tener prótesis esofágicas, gástricas y hepáticas que son resistentes a una variación de temperatura tan enorme como la del cero kelvin y aún así capaces, después del primer instante de frío descomunal, de inducir una homeostasis imperturbable; pero así es la vida en este universo injusto... todos tenemos las

mismas posibilidades eventualmente, pero no las mismas probabilidades de *tomar* lo mejor. En fin... no me di el trago por alardear es que lo único que compensa esa sensación de pérdida de conciencia es un frío duro en el estómago, y la erupción de calor detrás de este (el Tom Collins Jr. no está hecho para matar con el cero absoluto, así que después de asentarse combustiona a la menor fricción, dejándole menos trabajo a las prótesis anatómicas). Pero los socios, siempre piensan mal.

-El problema es que en Alcohol no hay medida para los tragos. En vez de ser químicos son biológicos. Y bueno... no siempre es lo mismo una línea de alcohol consumiéndose en el estómago para llegar a la sangre y subir por las carótidas al cerebro, que un cóctel de bacterias cuya voluntad imperturbable les hace entrar en acción mucho más rápido, y escoger las neuronas que más le gustan, y prenderse allí... Hasta que le mentas la madre al barman y él, sonriéndose por la rutinarietà del insulto, te da un poco de zumo de limón y te dice que está a precio de nave hiperespacial. Sí, tu nave. Tienes que entregarla ¡por una mierda de trago, que ni siquiera tiene alcohol! Pero te dicen que es lo único que controla los efectos del trago... que sino vas a salir dando tumbos entre soñando y despierto, hasta que te agarre la policía del cinturón y te arreste por presentar un estado alterado de la conciencia. La nave por el zumo. Pero no es sólo zumo, no, es la alternativa para salir ileso. Y no sabes que cojones hacer después de todo. Dudas, pero sabes que no tienes tiempo de pensar en otra cosa antes que el sueño te engulla de nuevo, y aceptas.

Los socios habían sido conmovidos por el último discurso. Había cautivado la atención de todos. Es lógico. Todos son tomadores empedernidos. Todos son fanáticos a la nota, a la nota que se disfruta, a la nota sana. Todos son enemigos de los cantineros hijos de puta que

cobran hasta el último sorbo sin importar que uno sea cliente frecuente o no. Y esta era una historia de tragos. De tragos misteriosos que dominan la voluntad. Era como un chocolate para sus infantiles bocas golosas.

-¿Pero, qué? ¿Tuviste que perder la nave?-dijo uno de los socios, burbujeando alcohol pero sin desprenderse del vaso.

-¿Perder la nave? Perdí todo. Dinero, ropa, nave, todo. Cuando me levanté de la nota al otro día ni siquiera reconocía el lugar de Alcohol en el que estaba. El zumo era basura. Y no recuerdo mucho más después de eso. Tengo flashazos de una puta haciendo de las suyas y luego cobrándome por el mejor sexo en gravedad nula, un yonkie hiperespacial vendiéndome su nave de 80 cc, un ratero con proyector holográfico que distorsionaba su rostro robándome los créditos que me quedaban. Sin embargo, todos se disculpaban de la estafa. Me decían que no era su culpa, que llevaban años en Alcohol y debían vivir de algo, que de allí no se salía. Que la curda de los tragos es infinita. Que los tragos tienen biodispositivos que te dominan. Que el zumo sólo era un amnésico malo, que deja lagunas y vence rápido. Que los cantineros te chupan el dinero, te hacen robar, te destruyen. Que así funcionaba la dinámica economía de Alcohol. Pero la nota era grande así que no pude evitar que ninguno me estafara. En fin...

Tomé el vaso de Tom Collins Jr. y le di gran sorbo que me congeló la lengua por un instante. Pronto mis artefactos orgánicos comenzaron a despedir enzimas calentadoras que me socorrieron. Un par de socios lamían las pocas gotas del tequila ingravido que quedaban en el aire del vaso. Otro enfrentaba la barra con la frente, y hasta a mi se me cerraba un ojo.

Me apuré por terminar el trago. La historia se acabó, pensé. Entonces comprendí que no era la primera vez que contaba la historia. Y me asaltó una somnolencia irresistible tras unos látidos fuertes en la duramadre. Atontado, llamo al cantinero y le pido otro trago, cualquiera, no importa. Para terminar la noche, le dije.

-Correcto, señor.-me responde. Y luego nos habla todos:- Bien. Si después de esto les traigo el zumo, deberían otra hipernave. Así que será... ¿armada o por piezas?

**Gabriel Gil:** Estudiante universitario perteneciente a la más joven camada de escritores del género en Cuba, tiene 18 años. Asiste al Taller Literario Espiral desde hace un año y medio y aunque no tiene nada publicado todavía, su talento y empeño le auguran un gran camino.

AI INDICE

### 3. CUENTO CLÁSICO CORTO: EL ASESINO

Por Stephen King.

Repentinamente se despertó sobresaltado, y se dio cuenta de que no sabía quién era, ni qué estaba haciendo aquí, en una fábrica de municiones. No podía recordar su nombre ni que había estado haciendo. No podía recordar nada.

La fábrica era enorme, con líneas de ensamblaje, y cintas transportadoras, y con el sonido de las partes que estaban siendo ensambladas.

Tomó uno de los revólveres acabados de una caja donde estaban siendo, automáticamente, empaquetados. Evidentemente había estado operando en la máquina, pero ahora estaba parada.

Recogía el revólver como algo muy natural. Caminó lentamente hacia el otro lado de la fábrica, a lo largo de las rampas de vigilancia. Allí había otro hombre empaquetando balas. "¿Quién Soy?" - le dijo pausadamente, indeciso.

El hombre continuó trabajando. No levantó la vista, daba la sensación de que no le había escuchado.

"¿Quién soy? ¿Quién soy?" - gritó, y aunque toda la fábrica retumbó con el eco de sus salvajes gritos, nada cambió. Los hombres continuaron trabajando, sin levantar la vista. Agito el revólver junto a la cabeza del hombre que empaquetaba balas. Le golpeó, y el empaquetador cayó, y con su cara, golpeó la caja de balas que cayeron sobre el suelo.

El recogió una. Era el calibre correcto. Cargó varias más.

Escucho el click-click de pisadas sobre él, se volvió y vio a otro hombre caminando sobre una rampa de vigilancia. "¿Quién soy?" - le gritó. Realmente no esperaba obtener respuesta. Pero el hombre miró hacia abajo, y comenzó a correr.

Apuntó el revólver hacia arriba y disparó dos veces. El hombre se detuvo, y cayó de rodillas, pero antes de caer, pulsó un botón rojo en la pared.

Una sirena comenzó a aullar, ruidosa y claramente.

"¡Asesino! ¡asesino! ¡asesino!" - bramaron los altavoces.

Los trabajadores no levantaron la vista. Continuaron trabajando.

Corrió, intentando alejarse de la sirena, del altavoz. Vio una puerta, y corrió hacia ella.

La abrió, y cuatro hombres uniformados aparecieron. Le dispararon con extrañas armas de energía. Los rayos pasaron a su lado.

Disparó tres veces más, y uno de los hombres uniformados cayó, su arma resonó al caer al suelo.

Corrió en otra dirección, pero más uniformados llegaban desde la otra puerta. Miró furiosamente alrededor. ¡Estaban llegando de todos lados! ¡Tenía que escapar!

Trepó, más y más alto, hacia la parte superior. Pero había más de ellos allí. Le tenían atrapado. Disparó hasta vaciar el cargador del revolver.

Se acercaron hacia él, algunos desde arriba, otros desde abajo. "¡Por favor! ¡No disparen! ¡No se dan cuenta que solo quiero saber quien soy!"

Dispararon, y los rayos de energía le abatieron. Todo se volvió oscuro...

Les observaron como cerraban la puerta tras él, y entonces el camión se alejó. "Uno de ellos se convierte en asesino de vez en cuando," dijo el guarda.

"No lo entiendo," dijo el segundo, rascándose la cabeza. "Mira ese. ¿Qué era lo que decía? Solo quiero saber quién soy. Eso era.

Parecía casi humano. Estoy comenzando a pensar que están haciendo esos robots demasiado bien."

Observaron al camión de reparación de robots desaparecer por la curva.

---

**Stephen King:** Steve Edwin King nació en Portland (Maine), el 21 de septiembre de 1947.

Escribió su primer relato a los 7 años y a los 18 vendió su primer texto a una revista.

Estudió lengua y literatura inglesas en la Universidad de Maine, donde participó activamente en las movilizaciones estudiantiles contra la guerra de Vietnam. Terminó sus estudios en 1970. Trabajó un tiempo en una lavandería, mientras publicaba ya relatos en varias revistas, y en 1971 empezó a impartir clases de inglés en una escuela secundaria.

Para entonces ya había comenzado a escribir su primer éxito literario, que en 1974 se convertiría en su primera novela, Carrie, con la que se ganó el favor de la crítica. En 1985 King era, además de alcohólico, drogadicto. Mientras escribía Los Tommyknockers (1987) debía ponerse algodones en los oídos para controlar la hemorragia causada por el consumo

de cocaína. Su esposa lo ayudó a salir de esta situación y después de un tratamiento de rehabilitación pudo continuar escribiendo liberado de sus problemas de adicciones.

Entre sus novelas cabe destacar *El resplandor* (*The Shining*, 1976), obra llevada al cine por Stanley Kubrick en 1980. Le siguen otros trabajos importantes como *Apocalipsis* (*The Stand*, 1978), *La Zona Muerta* (*The Dead Zone*, 1979, filmada en 1983), *Ojos de fuego* (*Firestarter*, 1980, filmada en 1984), *Cujo* (1981), *Christine* (1983, filmada en 1983), *It* (1986), *Los Tommyknockers* (1987); *Misery* (1987), llevada al cine en 1990 por Rob Reiner y protagonizada por Kathy Bates, quien obtendría un Oscar por su papel en este filme; *Un saco de huesos* (1998); y *La torre oscura* (1999).

Actualmente reside con su esposa, la novelista Tabitha King, y sus tres hijos en Bangor, Maine (USA). Dedicada toda la semana 4 horas diarias a escribir, y siente pasión por las Harley-Davidson y por su equipo preferido de béisbol, los Red Sox.

[AL INDICE](#)



## 6. HUMOR: Máscara vs. Careta.

Por Rodrigo Fresán

### **UNO**

No acabamos de digerir el espanto y la culpa de ese iniciático y terrible interrogante al que somos sometidos a una edad tan temprana (¿A quién quieres más: a mamá o a papá? con la inevitable interferencia del factor abuelos); cuando, casi enseguida, nos vemos enfrentados a algo todavía mucho peor: ¿Batman o Superman? La respuesta a este dilema no tiene la sutil elegancia de preguntas que llegarán más adelante cuyas opciones pueden cambiar según el ánimo o la oportunidad (¿On the rocks o sin hielo? ¿Cuál es tu Beatle favorito? ¿Rubias o morenas?), sino todo lo contrario: exige una elección firme y que se mantendrá inamovible hasta el último de nuestros días. Y esa elección –si somos personas de bien, si nos consideramos animales inteligentes– sólo puede ser una: Batman.

### **DOS**

Para empezar, Superman –creado en 1938 por la dupla del guionista Jerry Siegel y el dibujante Joe Shuster– no es uno de los nuestros, no es uno de nosotros. Superman es un inmigrante ilegal: un extraterrestre enviado en cohete a la Tierra por su progenitor, Jor-El, en vísperas de la destrucción del planeta Kriptón. El que Jor-El lo haya enviado a un lugar tan problemático y constantemente cataclísmico como éste, pudiendo haberlo despachado a galaxias más felices e inteligentes, dice a las claras que era un pésimo padre o alguien con un sentido del humor un tanto perverso.

### **TRES**

Los múltiples superpoderes de Superman –héroe que es la versión con esteroides de una de esas navajas suizas con miles de funciones que, a la hora de la verdad, no sirven para gran cosa– no son otra cosa que la resultante de las condiciones atmosféricas de nuestro mundo en combinación con su biología alien. Es decir: lo suyo no tiene mérito alguno. Y el que sólo sea vulnerable a las múltiples variedades de kriptonita (restos rocosos de su lugar de origen que llegaron a nuestros mares y montañas y ciudades en forma de meteoritos de diverso tamaño) no hace más que poner en evidencia que Superman no es alguien tan sano

y equilibrado como nos quiere hacer creer si un pedazo de patria lo pone tan pero tan mal. Es más: Freud se hubiera hecho una fiesta con este muchacho.

#### **CUATRO**

Batman, en cambio, es 100 por ciento humano y es un verdadero selfmade man que suplanta los superpoderes reflejos y automáticos por gadgets, pura astucia humana y, claro, dinero heredado a muy temprana edad. Creado en 1939 para competir con Superman por el dibujante Bob Kane y el guionista Bill Finger, Batman –el lado oscuro del magnate Bruce Wayne– se reconoce desde el principio como un perfecto y feliz psicópata. Lo suyo –una sed de venganza del tipo montecristiana– está justificado por haber sido testigo del asesinato de sus padres durante su infancia y nunca me quedó claro qué hacía una pareja de adinerados con niño paseando por una calle oscura, cerca de la medianoche y, si mal no recuerdo, a la salida de un cine. Traumático, sí, pero mejor eso que –el caso de Superman– acabar siendo adoptado por un par de granjeros, los Kent, tan buenos que parecen escapados de un manicomio. Y, para los verdaderamente masoquistas, ahí está esa pésima serie de televisión con acné titulada Smallville donde lo único interesante es el personaje del juvenil Lex Luthor, millonario adolescente quien, seguramente, estudió en el mismo colegio primario que Bruce Wayne. Una escuela en la que sólo pueden apuntarse potentados con serios problemas de personalidad. O de alopecia.

#### **CINCO**

Y está el definitivo y definidor asunto de los trajes, de los uniformes. Seamos sinceros, el traje de Superman no es más que un pijama patriotero; mientras que el de Batman –concebido por Wayne una noche en que un murciélago se coló por una de las ventanas de su mansión– es formidable y hace todavía más interesante a su portador. Porque hay que estar muy loco para –viviendo hundido hasta las cejas en millones de dólares– tener el perturbador hobby de ponerte semejante indumentaria para salir a perseguir gangsters y no súper-villanos (de esta faceta más dark y noir se ocupa Batman Begins, dirigida por Christopher “Memento” Nolan). Superman, mientras tanto, se la pasa posando, siempre que puede, con brazos en jarra frente a la bandera norteamericana. En este sentido, queda claro que Superman es casi un servidor público, un empleado más del gobierno de EE.UU. Batman, en cambio, es un entrepreneur del sector privado. Superman es un insider y Batman es un outsider. Superman es La Ley y Batman es un Fuera de la Ley. Frank Miller

vio bien clara estas polaridades opuestas e irreconciliables y enfrentó al Murciélago con el Kriptoniano en la magistral graphic-novel de mediados de los '90 titulada *The Dark Knight Returns*. Allí, uno y otro se baten en duelo a muerte. Y, claro, Batman pierde porque Batman no tiene súper-poderes. Pero, aún así, Batman gana.

## **SEIS**

Y siempre serán mejores las gárgolas de Gotham City que los impersonales rascacielos de Metrópolis. Y la Baticueva queda mucho más cerca del centro que la ártica Fortaleza de la Soledad. Es decir: Batman siempre tiene mejor dirección de arte (gracias por todo, Tim Burton; en especial por *Batman Returns*) y hasta cuando hace el ridículo –la formidable serie televisiva pop-kitsch de 1966 o las fantasías pseudo-gays de Joel Schumacher– suele resultar perversamente interesante. Ya saben: Kapow! Crash!, Burgess Meredith como El Pingüino y César Romero como The Joker; y, bueno, ese hule negro más S&M que justiciero. Y –last but not least– la música de Batman: esa obra maestra del a go-gó firmada por Neal Hefti para la serie de TV o las febriles partituras góticas de Danny Elfman. El soundtrack de John Williams para Superman es, en cambio, lo mismo de siempre, lo de antes: música para marines que no tienen la menor idea de en lo que se están metiendo.

## **SIETE**

No hay redención posible, en cambio, para el serial *The Adventures of Superman* (1956) o para las inocuas cuatro películas –la segunda parte, de Richard Lester, fue la mejor– protagonizadas por el Hombre de Acero entre 1978 y 1987. Además, hacer de Superman da mala suerte: George Reeves se suicidó y Christopher Reeve se cayó del caballo para subirse a la silla de ruedas y –humor negro oscuro– acabó siendo igualito a Lex Luthor. Buena suerte a Bryan “X-Men” Singer, quien se hizo cargo de la nueva versión. Y que se cuide mucho el actor protagonista. Ya lo dice el dicho: el hábito no hace al monje. Ni al Superman.

## **OCHO**

Y seamos sinceros: entre Luisa Lane y Catwoman, ¿con quién se quedarían ustedes?

## **NUEVE**

Pero –ahora en serio– el verdadero problema es otro. Superman no usa disfraz. Batman sí. Superman se nos presenta a cara limpia e -invirtiendo la lógica del sistema del súper-héroe– su “personalidad secreta” es el torpe periodista Clark Kent. Bruce Wayne, por su parte, es

un tipo definitivamente cool que se esconde –como le corresponde a todo súper-héroe– detrás de la máscara de rigor. Y he aquí lo ofensivo: Superman es como es y se “convierte” en el terrestre Clark Kent –le basta, apenas, un par de anteojos y peinarse ese mechón rebelde sobre su frente blindada– porque es así como nos ve a nosotros: torpes, cobardes, buenos para nada. Superman nos insulta e insulta la inteligencia de los humanos que –con la excepción de la histérica y siempre sospechosa peronada eficiente Luisa Lane– ya llevan casi setenta años incapacitados para descubrir lo obvio: ¡Clark Kent es exactamente igual que Superman si Superman usara anteojos! Bruce Wayne, en cambio, desaparece para que aparezca Batman detrás del rostro de un quiróptero de hábitos nocturnos que pasa el día colgado cabeza abajo. Y todos felices.

## **DIEZ**

Y, de acuerdo, sí, bueno, tienen razón: está el conflictivo tema de Robin. Pero no hablemos de Robin. Robin murió. Lo mataron los malos. Y los lectores que votaron para que desapareciera para siempre. Y Batman lloró un poco. Pero se repuso enseguida porque llegaron nuevos Robins. Y le pidió a Alfred –tanto más interesante que Jimmy Olsen– que le pusiera a punto el Batimóvil. Y agregó: “Hoy a la noche salgo... Y vuelvo tarde”.

[AL INDICE](#)

## 7. LAS COSAS QUE VENDRAN (...y que pasan)

### 5to FESTIVAL DE JUEGOS DE ROL

¿Alguna vez has imaginado que eres un guerrero medieval, o parte de un comando de contraespionaje, o un mago, o un hacker, o un vampiro, o un piloto espacial, o un...?

El Grupo Espiral, como parte de las actividades promovidas por el Taller de Creación y Crítica Literaria del Género Fantástico del mismo nombre, llama a todos los interesados a participar en el 5to Festival de Juegos de Rol que tendrá lugar el día sábado 16 de diciembre a partir de la 10:00 AM en la Casa de Cultura de 10 de Octubre, sita en Calzada del 10 de Octubre y Carmen.

**TALLER LITERARIO**  
DE CREACIÓN Y APRECIACIÓN ARTÍSTICA  
DEL GÉNERO FANTÁSTICO

**Espiral**

espiral@centro-onelio.cult.cu  
espiralgrupo@yahoo.es

**Casa de Cultura de 10 de Octubre**  
Calzada de 10 de Octubre y Carmen



**Próximo encuentro:**

# QUINTO FESTIVAL DE JUEGOS DE ROL DE FANTASÍA Y CIENCIA FICCIÓN

**Presentación de los universos**

**Sábado 16 de Diciembre**  
**10:00AM**

- Habana Underguater (ciberpunk)
- Conquistadores (fantasía heroica)

[AL INDICE](#)

## 8. EL CARTERO SIEMPRE LLAMA DOS VECES.

Bueno, cerramos así el año 2006 de Disparo en Red. Increíblemente llegamos al número 28 pese a todos los contratiempos. Además de desearles un excelente nuevo año, les agradezco a todos por su paciencia, por sus opiniones y por las críticas —estas últimas han venido bien—. Seguiremos esforzándonos para llevarles, al menos una vez al mes, un poco de fantasía y ciencia ficción a ustedes que se la merecen.

Darthmota.



[Al INDICE](#)

## 9. ¿COMO CONTACTARNOS?

Sí tienes algún comentario, sugerencia o colaboración escríbenos a:

darthmota@centro-onelio.cult.cu

jartower@centro-onelio.cult.cu

espiral@centro-onelio.cult.cu

Aceptamos cualquier colaboración seria y desinteresada. Traten de ponerla en el cuerpo del mensaje.

Advertencia: Los mensajes de direcciones desconocidas que contengan adjuntos serán borrados.

Para suscribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la palabra "BOLETIN" en el asunto.

Para desincribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase "NO BOLETIN" en el asunto.

Para obtener números atrasados envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase en el asunto "Numeros anteriores" y el número del correo atrasado que deseas entre paréntesis a continuación. Si los quieres todos escribir a continuación "todos".

**Ejemplos:** Con el asunto "Numeros anteriores (2)(5)(20)" obtendrías los números 2, 5 y 20 del Disparo en Red. Con el asunto "Numeros anteriores todos" obtendrías todos los números del Disparo en Red existentes.

[Al INDICE](#)